

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

La Cuaresma inicia llevándonos a un lugar más tranquilo y de mayor honestidad. Nos pide que bajemos la velocidad, que eliminemos las distracciones y que prestemos atención a lo que está bajo la superficie y que nos ha estado impulsando. Para aquellos que están en recuperación, esta invitación resulta familiar. Sabemos lo que significa llegar a un punto en el que nuestras viejas costumbres ya no funcionan y en donde la rendición se convierte en el único camino a seguir. La Cuaresma no nos pide que aparentemos o impresionemos. Nos pide que digamos la verdad y que confiemos a Dios lo que vayamos encontrando.

Este domingo, la lectura del Evangelio nos transporta junto con Jesús al desierto. Antes de que inicie cualquier ministerio público, Jesús es guiado por el Espíritu hacia un lugar de prueba, hambre y vulnerabilidad. El desierto no es un castigo. Es un lugar donde la identidad se define y se profundiza en la confianza.

El Evangelio de este domingo narra lo que ocurre al inicio de la vida pública de Jesús (Mateo 4:1-2):

En aquel tiempo, Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el demonio. Pasó cuarenta días y cuarenta noches sin comer y, al final, tuvo hambre.

Jesús vive la experiencia humana de la tentación de forma completa. Sabe lo que significa sentir hambre, debilidad y presión por buscar el alivio fuera de la voluntad de Dios. Esto es muy importante para quienes estamos en recuperación. La adicción muchas veces se apoderaba de nosotros cuando nos creíamos la mentira de que algo distinto a Dios podía traernos consuelo, control o plenitud. Lo que pudo haber comenzado como remedio o placer acabó convirtiéndose en obsesión y compulsión, dejándonos impotentes para detenernos por nuestra propia cuenta.

En el desierto, Jesús es tentado a satisfacer necesidades legítimas de formas ilegítimas. Cada tentación le incita a aferrarse, controlar o demostrar algo sobre Él mismo. En cada ocasión, Jesús no responde con fuerza, sino con confianza. Permanece arraigado en su identidad como Hijo y se niega a abandonar su dependencia en el Padre. Esto no es un acto de rendición en un solo instante. Es una serie de decisiones, momento a momento, basadas en la obediencia y el amor.

La recuperación refleja ese patrón. Entregar nuestra voluntad y nuestras vidas al cuidado de Dios no es algo que hagamos sólo una vez y luego dejemos atrás. Es una práctica cotidiana, que a menudo se debe renovar en los momentos de molestia, de deseos o de temor. Cuando estábamos activos en la adicción, nuestras elecciones estaban impulsadas por la compulsión más que por la libertad. La recuperación restaura la capacidad de hacer una pausa, pedir ayuda y elegir otra forma de hacer las cosas, incluso implica que soltemos algo.

La Primera Lectura refuerza la importancia de esta libertad. Dios nos pone ante la vida y la muerte, ante la bendición y la maldición, y nos invita a elegir sabiamente. El amor a Dios no es forzado. Se da y se renueva libremente. La Cuaresma pone de nuevo ante nosotros esta elección, no para hacernos sentir culpables, sino para reorientar nuestros corazones.

Por medio del bautismo, se nos ha dado una nueva identidad como amados hijos e hijas de Dios. La Cuaresma prepara a la Iglesia para dar la bienvenida a nuevos miembros a través de los Sacramentos de Iniciación, mientras invita a quienes ya están bautizados a renovar su compromiso con esa identidad. El Miércoles de Ceniza marca este comienzo con un sentido de humildad. La ceniza nos recuerda que no somos autosuficientes y que nunca lo fuimos.

Cuando escuchamos las palabras “Arrepiéntete y cree en el Evangelio”, nos invitan a volver a lo básico. La oración, el

ayuno y la limosna no son logros espirituales. Son formas sencillas y concretas de confiar en Dios, limpiar nuestra casa y dirigir nuestra atención hacia afuera. La Cuaresma no exige gestos espectaculares. Pide actos realizados con honestidad.

Mientras recorremos este tiempo juntos, no lo hacemos solos. El desierto se convierte en un lugar de gracia cuando permitimos que Dios nos encuentre en nuestra debilidad. Día tras día, elección tras elección, la Cuaresma nos invita a practicar la entrega y a redescubrir la libertad que proviene de vivir con Dios, un día a la vez.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué representa el desierto en tu actual recuperación y cómo te invita a encontrarte ahí con Dios?
- ¿Dónde notas que la tentación te lleva hacia viejos patrones de control o escape, y qué te ayuda a pausar y rendirte?
- Durante esta Cuaresma, ¿cómo pueden ayudarte la oración, el ayuno o la limosna en tu recuperación, como prácticas sencillas y objetivas?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Génesis 2:7-9, 3:1-7

SAL. RESP. Salmo 51:3-4, 5-6, 12-13, 17

SEGUNDA LECTURA Romanos 5:12-19

EVANGELIO Mateo 4:1-11

